

cano enteramente opuesto á la República y á Juárez, y que si el Imperio no se encontraba aún consolidado, se debía al miedo de que estaban poseídos todos los habitantes honrados de México, al grado de que ciudades muy populosas se dejaban desarmar y robar por un puñado de bandidos; denigró al ejército mexicano, con excepción de unos cuantos oficiales, entre los que citó al general Mendoza, al que calificó del verdadero defensor de Puebla; se opuso al pronto regreso del ejército expedicionario, aunque desde hacía dos años había asegurado que estaba concluida la cuestión militar. (1)

En la cámara de diputados tropezó el gobierno francés con seria oposición, acaudillada por Mr. Thiers y animada por la vehemencia de Glais-Bizoin.

El desenlace de la cuestión mexicana urgía tanto más, cuanto que ya era inevitable una guerra europea promovida por Prusia é Italia contra Austria; se veía la imposibilidad de que Francia permaneciera neutral en el conflicto que iba á estallar y que traería por necesidad el fin de la intervención en México, en la que ya había perdido Francia once mil hombres y ciento treinta y cinco millones de pesos.

También agobiaba al gabinete francés la resuelta conducta de los Estados Unidos. Las proposiciones presentadas en el Congreso norteamericano, relativas á pedir informes acerca de los asuntos de México, fueron aprobadas sin discusión, y las que entrañaban marcada hostilidad contra Napoleón pasaron para su dictamen á la comisión de relaciones exteriores, tendiendo á censurar la política francesa que claramente se veía iba declinando, al proponer que se fijaran plazos para la retirada de las tropas expedicionarias.

Las declaraciones del Gobierno francés no podían ser sinceras, sino obra de circunstancias fatales no previstas oportunamente. Mientras que los Estados confederados del Sur y federales del Norte, habíanse ocupado en improvisar ejércitos y tesoros para hacerse una guerra de exterminio, no se advirtió en las Tullerías tedio ó desmayo en la empresa de México; pero habiendo sucumbido Richmond, hecho prisionero Mr. Davis, quedado desorganizados los ejércitos de Beauregard y Lee, y verificada la ocupación militar de los Estados del Sur, cambió por completo la escena en París y decayó el anhelo por la consolidación del Imperio mexicano. Un nuevo representante de los Estados Unidos se presentó en París, Mr. Bigelow, é interpeló á Mr. Drouyn de Lhuys sobre el objeto de la expedición francesa en México, y obtuvo una respuesta en términos sumisos é inadecuados; se le dijo que cuentas pendientes y agravios recibidos, motivaron la guerra con México, lo mismo que pasaría con cualquiera otra nación que rehusase pagar y satisfacer los agravios, respuesta que cambiaba

(1) Este discurso fué combatido en una carta que publicó en Londres el general Francisco Paz; para vindicar al Ejército hizo notar la buena conducta observada en Francia por los oficiales mexicanos prisioneros; terminaba diciendo que los hechos de Forey en México, como militar y político, lejos de acusar capacidad y méritos que le valieran el bastón de Mariscal, habrían debido llevarle ante un consejo de guerra.



D. Victor Pérez,
CONSEJERO DE ESTADO.

Convocada en Orizaba á fines de Octubre de 1866, una Junta de Ministros y Consejeros de Estado, para resolver si el Emperador Maximiliano continuaria en el Poder ó se le admitía la abdicación; discutido el asunto y votado, la resolución dependió del voto de calidad del Sr. Lares, Presidente de la Junta, y fué en sentido de que Maximiliano regresaría á la Capital y sostendría su gobierno al retirarse los franceses. El Consejero D. Victor Pérez opinó contra esta resolución, y perteneció al grupo que pedía antes de la abdicación, el aseguramiento de la independencia é integridad del territorio mexicano, y de los intereses creados por el Imperio.

esencialmente la cuestión; se pretendía olvidar los hechos y los documentos que todos conocían, pues era evidente que el acreedor había nada menos que tratado de aniquilar al Gobierno del Estado deudor, y para cobrar algunos miles había gastado millones, lo cual manifestaba cuán poco tenía que hacer el dinero en la conducta seguida en México por el Gobierno francés y los jefes del Ejército expedicionario.

La debilidad revelada en aquella respuesta, no fué desapercibida por el Gobierno norteamericano, que apoyado en ella mandó decir al de las Tullerías retirara de México cuanto antes su Ejército; en respuesta se le ofreció la retirada en tres plazos que se cumplirían á fines de 1867. Consecuente con este compromiso, que hasta entonces iba de acuerdo con el convenio de Miramar, anunció el Gobierno francés á Maximiliano, en nota fechada el 31 de Mayo de 1866, el propósito de retirar las tropas y auxilios pecuniarios; é intentó justificarse á causa de que esta conducta no contravenía lo pactado en Miramar.

Desde principios del año de 1866 declaró sin ambages ni reticencias el Gobierno de los Estados Unidos, que continuaría reconociendo en México solamente la antigua República, y que en ningún caso podía consentir en verse directa ó indirectamente envuelto en el reconocimiento del sistema planteado por el príncipe Maximiliano en México, ni en relacionarse con él de ningún modo. Esta política no tenía en su contra, á juicio de Mr. Seward, ni un solo voto entre los americanos y demás Estados republicanos de este hemisferio, que consideraban, lo mismo que los Estados Unidos, fuente de temores y peligros la presencia en México de ejércitos europeos y de un príncipe con atributos imperiales sin consentimiento del pueblo y aun contra su voluntad. (1)

(1) El Gobierno norteamericano se esforzaba en demostrar la conveniencia de un arreglo que pusiera fin á un estado de cosas, que con el tiempo tenía por fuerza que turbar la armonía y amistad que hasta entonces existieran entre Francia y los Estados Unidos, sin que el Gobierno americano pretendiera indicar al de Francia, cuál habría de ser el modo con que arreglara sus reclamos de indemnización y satisfacciones contra México; al suspenderse una guerra que se había convertido en intervención política, peligrosa para los Estados Unidos y para las instituciones republicanas de América, Francia y México resolverían lo relativo á esas reclamaciones como mejor les pareciese y los Estados Unidos se limitaban á llamar la atención de Francia hacia las exigencias embarazosas de la situación de México y á manifestar la esperanza de que Francia encontraría algún medio compatible con sus intereses y su honra, lo mismo que con los intereses y principios de los Estados Unidos, *para poner término á esa situación, sin dilaciones peligrosas.*

El Gobierno norteamericano, aunque considerando las instituciones republicanas más conformes con la índole é intereses de los Estados Unidos, no rehusaba establecer relaciones con países del nuevo continente que hubieran aceptado instituciones monárquicas, siempre que éstas hubieren sido establecidas libremente, sin ninguna coacción ó intervención extranjera; y cuando una nación establecía instituciones republicanas semejantes á las de los Estados Unidos, éstos no permitirían que ninguna potencia extraña pudiera intervenir por la fuerza para derribar esas instituciones republicanas y establecer otras de un carácter opuesto. Mr. Seward no aprobaba que Francia se abrogara la facultad de castigar á México por sus errores políticos y por la anarquía é indisciplina de que había sido víctima, atribuyéndolas á la falta de experiencia, de educación política y de hábitos que pudieran consolidar pronto las instituciones adoptadas desde la caída de Iturbide, y dominar el conflicto entre los dogmas é instituciones eclesiásticas, políticas y conservadoras de Europa, con las nuevas instituciones é ideas americanas,

Para detener al gabinete de Washington en sus amenazas, Napoleón recordó á principios de 1866 á los Estados Unidos, el auxilio que en hombres y dinero les había prestado la Francia en la guerra de insurrección para que lograran la independencia nacional; también les trajo á la memoria haber propuesto que se le uniesen para la expedición á México, y la neutralidad observada por la misma Francia en la guerra separatista. En seguida ofreció el Emperador francés apresurar la retirada de sus tropas de México, lo que fué considerado por el gobierno de la Casa Blanca como promesa implícita de quitarle los temores y ansiedades que había manifestado.

Insistió el ministro francés Drouyn de L'Huys, en que la única mira que la Francia había llevado á México era, procurar la debida reparación á que tenía derecho, y que recurrió á medidas violentas después de agotar las de otro carácter, por reclamaciones de súbditos franceses, así como en otra época los Estados Unidos también hicieron la guerra á México; símil que no fué aceptado por Mr. Seward. El gobierno francés declaró que no llevaba tradiciones monárquicas entre los pliegues de su bandera, y que la monarquía era obra de los hombres influyentes mexicanos, que desesperaban de ver restablecido el orden en las condiciones que guardaba aquí el gobierno republicano; recordó que uno de los últimos Presidentes de México ofreció usar su poder para el restablecimiento de esa monarquía; que precisamente al tiempo de la invasión francesa, aquellas personas creyeron llegada la ocasión de hacer un llamamiento al pueblo mexicano en favor de las instituciones monárquicas, y el gobierno francés no juzgó de su deber desanimar el supremo esfuerzo de un partido poderoso formado mucho antes de la expedición francesa.

Entonces el Emperador de los franceses, de acuerdo con las máximas de derecho público proclamadas también por los Estados Unidos, declaró que el cambio de instituciones dependía solamente del voto del pueblo mexicano; en prueba de esto se citaba la carta dirigida por Napoleón á Forey después de la toma de Puebla, en la cual le dijo: que no debía imponerse á los mexicanos un gobierno contra su voluntad, ni hacer que las victorias de las armas francesas ayudaran al triunfo de cualquier partido; quería que se formara un gobierno de orden y de progreso que respetara la ley de las naciones, y que reconociera que debía á la Francia su reposo y su progreso. Según el Ministro de Napoleón, el gobierno francés había dejado al pueblo mexicano que hablase, y la voz del país había llamado

opuestas á la esclavitud africana, á las ideas coloniales y á los monopolios eclesiásticos que aquí dominaban; pero de ningún modo podía nación alguna intervenir en México bajo el pretexto de querer corregirlo, privándolo de su natural derecho á constituirse como mejor le pareciese.

La guerra política existente entre Francia y México, era perjudicial y peligrosa para los Estados Unidos, y para éstos sería innoble suponer siquiera por un momento, que podían consentir ó tolerar el establecimiento aquí de instituciones odiosas. Inútil habría sido un tratado entre el Emperador francés y el Presidente norteamericano, acerca de una neutralidad con el Gobierno imperial de Maximiliano, pues habría sido reprobado en el Senado.

á Maximiliano, cuyo gobierno pareció al Emperador francés propio para establecer aquí la paz y sostener relaciones pacíficas con los demás países, por lo cual le prestó su apoyo. (1)

Los Estados Unidos, por respeto y amistad á la Francia, aceptaban esas explicaciones é interpretaciones de sus propios actos; pero insistiendo en que la conducta observada por los que quisieron establecer un gobierno imperial á la sombra de la intervención francesa, carecía de la sanción del pueblo mexicano cuya voluntad y opiniones estuvieron en contra. Por lo mismo, al apoyar la Francia instituciones establecidas contra los inalienables derechos del pueblo mexicano, aun cuando hubiesen sido olvidadas las miras primitivas del Emperador francés en su demanda de satisfacción militar, protegía á revolucionarios políticos que nada habrían podido sin la violenta intervención francesa. No había prueba alguna satisfactoria de que el pueblo mexicano hubiese manifestado su voluntad creando ó aceptando el Imperio, y sí las había de que no podía obrar con libertad hallándose presente en la capital el ejército invasor.

Era imposible disimular que la actitud del Congreso de los Estados Unidos, absolutamente hostil al nuevo orden de cosas en México, había de acarrear graves complicaciones; las Cámaras deseaban fijar la cuestión mexicana de una manera clara y definitiva, siendo igualmente marcada la opinión de todo el pueblo en los Estados Unidos. El espíritu de hostilidad que reinaba en aquel Congreso contra el Imperio era notorio; aun no se decidía de la suerte definitiva de las proposiciones del 11 de Diciembre, cuando ya se presentaban otras del mismo género. En tanto el Ejecutivo declaraba por medio del Procurador general, atentatorio á la libertad humana, el decreto expedido por Maximiliano reglamentando la introducción de operarios extranjeros, y descubría en tal disposición la tendencia á restablecer la esclavitud en México. En todo esto veíase solamente el deseo de hallar pretextos más ó menos fútiles de hostilidad y rompimiento.

Llegó á ser imposible la permanencia en Washington del Marqués de Montholon, y tuvo que ausentarse de aquella capital por la conducta de las Cámaras y del Ejecutivo respecto á los asuntos de México.

El Ministro americano en París, no reconocía oficialmente sino á Juárez y la República de México, y aunque tenía que conservar cordiales relaciones entre los Estados Unidos y Francia, jamás dejó entrever la posibilidad de que en Washington fuera reconocido el Imperio de Maximiliano. La cuestión de México se hallaba próxima á la única solución posible: la evacuación del territorio por el ejército francés, solo medio de evitar una guerra entre aquellas dos naciones.

(1) El ministro francés sostuvo que la Francia vino á ejercer el derecho de guerra y no con miras de intervención; que no vino á reclutar prosélitos á la monarquía, sino á obtener reparaciones y garantías á que tenía derecho, y una vez aquí, sostenía al gobierno fundado con el consentimiento del pueblo, porque esperaba de ese gobierno la satisfacción de los agravios y las seguridades indispensables para lo futuro; pero no pretendiendo la satisfacción de un interés exclusivo, ni la realización de planes ambiciosos; deseaba ahora retirar de México lo que aquí quedaba del cuerpo de ejército que mandó, y lo haría tan pronto como pudiera dejar en seguridad á los súbditos franceses y á cubierto su propio decoro.